

EL POETA

En un hombre de su sensibilidad no podía estar ausente la poesía, bien como texto personal y lírico o bien como letra de música. En ambos casos, Manolo hace gala de un gusto exquisito con evidentes aromas neopopularistas.

Manuel me llamo; mi nombre,
mi viejo nombre es Manuel,
que suena a cruces y a olivos
a mar en calma y a miel.

Manuel, mi padre, mi sangre;
fuente y columna quebrada
porque así lo quiso él.

Tuve dos madres Dolores;
una que no conocí,
según dicen paz y luz
y otra con la que viví,
luz y paz también y amor;
amor de amparo y ternura
tras la nieve de una piel.

De Manuel y de Dolores,
nací yo, solo Manuel.

El trapero

Fíjate, fíjate que fantasía:
por pellejos de conejo,
por unos zapatos rotos
y por botellas vacías;
por trapos viejos y sucios;
por podredumbre y desechos,
el trapero,
¡qué hidalguía!
te da, a cambio, un molinito
de papel azul y rojo,
sobre una caña amarilla,
que rompe el aire y lo riza
con giro de alegría.

Azul, rojo y amarillo,
¡fíjate que fantasía!
te dan *sangre, oro* y *cielo*
por lo que no te servía.

Por que nací...

Por que nací en la orilla de un mar riente y viejo,
 llevo dentro de mí un marino que manda
 y un marino que sueña y mira las estrellas.
 Aparejé mi vida como un bello navío
 que tendría que cubrir muy largas singladuras
 y luché, en lo posible, por gozar los favores
 de los vientos divinos que soplan con clemencia
 y agradecí su impulso, en mis velas hinchadas.

Pero no quise nunca sacrificar lo humano
 porque Dios da la vida en el alma y la piel:
 un arpa vibradora al aire de un suspiro
 y un cuerpo sensorial
 que se estremece al goce.

Si miro sosegado la agenda inmaterial
 del tiempo que se fue, no hubo quiebros rotundos;
 no hubo largas fisuras; los días fueron felices
 y livianos los roces.

No espero nada ya; al menos esos dones
 que la vida nos trae, como un aroma nuevo
 y, a veces se despiden
 cubriéndose de grises desengaños y adioses.

Mi vendimia está hecha; quise cortar racimos.
 demasiado en agraz y supe su aspereza;
 también gocé la miel del fruto sazonado
 con el grato reposo de sentirme invadido
 como esta tierra seca que cerca y me ampara
 y se esponja en favores si el agua la penetra.

Pero octubre llegó, la vendimia está hecha
 y su jugo exprimido espero consumirlo
 sin embriaguez ni pena; (tranquilo, sosegado),
 mirando al sol ponerse, se repite insistente,
 sosegada y serena.

Copillás de la molinera

Tiene,
¿sabes que tiene, madre la molinera...?
Cerezas en la boca,
manos de almendra,
fuego en los ojos negros
y un redondeo de gloria
en las caderas,
por eso, madre,
el molino me atrae
me atrae y me lleva;
me atrae y me lleva
y cuando no la veo,
en el agua del cauce
echo mi pena.
Dime madre, ¿que tiene,
que pícara cosilla,
la molinera...?

Me asomé a la ventana; creía que un seísmo
derrumbaba las casas.
No eran todas, era solo la tuya;
la tuya que guardaba
como un álbum antiguo, momentos y momentos,
gestos, palabras, voces, enfados, besos... todo
lo que es la vida
y siega un último suspiro.

No era un seísmo, no; era su muerte en un instante,
ferozmente mordida por la firme mandíbula
de una amarilla y cruel excavadora.
Monstruo y gusano al par,
derrumbó tus balcones, tus paredes,
aquella puerta encristalada y cómplice
de unos besos de larga despedida.

La vi entrar con estruendo
de hecatombe y de guerra,
sin piedad, sin mirar y sin sosiego;
y llegar al jardín y penetrar
en la blandura verde del geráneo;
en la erizada y débil resistencia del rosal;
en el blanco temblor del jazminero
que lloró con estrellas diminutas.

Un momento después, ya no había nada:
de las vidas, los ecos, los momentos;
de los sitios y sombras del recuerdo,
quedaba piedra y tierra
retorcidos herrajes y maderas rotas,
fragmentos de cristales y ladrillos.

Pero flecha de luz, desafiando al aire,
asombrada, amarilla por el polvo,
la rama de un rosal con un pequeño brote,
inicio ya fragante de una rosa,
inhiesta su verdad de primavera
orgullosamente decía:
yo vivo aún y doy mi aroma a quien se acerca.

El mar es un milagro;
un milagro que prueba la grandeza de Dios.

¿Cómo sería *aquel día*, en que el mar ya fue mar?...
¿Qué medida apurada dio límites diversos
de aena adormecida; de hiriente acantilado;
de alocado arrecife; de misterioso fiord;
de oloroso pinar o de palmera tibia
a la volupta ola que sonrío o que brama?...
¿Quién le enseñó ese canto, rítmico, resonante,
que se crece en estruendo con fiereza de selva,
o se adelgaza en rezo, en beso o en caricia?...

Campana de arrebato, adormilante mana,
amoroso susurro, sirena de los dioses;
¡camino de Jesús!
debajo de tu canto ahogador de silencios,
la arboladura rota sueña sus singladuras;
la ciudad sumergida su pulso vertical;
el mármol su reflejo; el oro su destello;
el ánfora su vino
y el incienso la ruta temblorosa del aire.

Sepultados deseos de romper ese cerco
de medusas y cactus Prometeos apagados ,
esperan impacientes
esa verde cadena de los húmedos iris,
liberadora escala,
para buscar heridas en los rayos del sol.

Encima de tu canto, ahogador de tinieblas,
el horizonte curvo que se agranda al arribo;
la inmensa lejanía fabricada de cercas;
de inmediatas espumas; de tangenciales rizos;
la genésica pugna de la orilla en la orilla
con su eterna sonrisa y su eterno tesón,
limador y erosivo, dicen que el mar es único,
y el más grande misterio, y el más grande milagro...

¿Cómo sería *aquel día*
en que el mar ya fue mar?...

¿Tú sabes que la sangre, en su cárcel de venas
tiene la misma sal que las aguas marinas...?
El sudor y la lágrima son, como el mar inmenso.
Y la pequeña ola que recorta el sollozo,
tallada por la pena, el esfuerzo o la fiebre;
los diminutos diques que el corazón controla
o desatan los poros, son como el mar, inmensos;
como el mar, soterrados; como el mar, gritadores;
como el mar, silenciosos.

Origen y principio,
que llevará a una orilla amarga como el mar
en el acantilado o la playa remota
donde habita la muerte.

Envejecer

I

No temo a la vejez, ¿por qué, si sé que viene inexorablemente sobre un caballo gris...?
Lo que quiero es que tarde en llegar a mi puerta, recibirla de huésped
con el agua y el pan y la sal del agrado;
que se siente tranquila y desgrane conmigo
a la sombra del tiempo, un rosario alargado
de recuerdos amables y comentar despacio
momentos, ocasiones, lo que fue realidad
y lo que se deshizo, por un viento contrario,
desde la juventud, torrencial y vibrante,
hasta el delta seguro, donde el río de la vida
se deshace en camino sin posible retorno.
Y... hacerlo en paz, sereno,
mientras pace el caballo en el último prado.

Temiendo a la vejez,
yo prefiero ser viejo, durante mucho tiempo
como el sabio Montagne, a serlo anticipado.

II

Envejecer contigo no me importa, ¿por qué...?
Pasadas las tormentas ardientes y bellísimas
de la sensualidad, habrá playas tranquilas
con las blandas arenas del amor sosegado:
la ternura, el afecto, la admiración, el tacto
no tienen nunca edad.
Será como un espejo
donde contemplaremos, cada uno en el otro,
lo que habíamos amado en nuestra juventud.
Tu caminas y ves y yo camino y veo;
y olemos y sentimos y oímos el sonido
de las cuerdas templadas por el viento en las ramas,
y la piel se estremece con el sol y la brisa
y gozamos la vida...

Yo recuerdo haber visto
a una ciega buscando, con lento y fino tacto
la mano y la barbilla de su amor paralítico;
y encontró una sonrisa, complacida y serena,
en sus bocas fruncidas.

Aunque no lo parezca, el amor no se extingue;
igual que esas hogueras de vieja leña seca,
de pronto se ilumina con una llamarada
de crepitante oro
y revive momentos de ardiente juventud.

Una vida es feliz, si comienza en amor
y acaba dulcemente en la serenidad.

Envejecer contigo no me importa, ¿por qué...?

Copliilla del cortijo

Tengo un cortijo blanco
de sol y cal
y azul de sombra.

De sol y cal,
con un horno en la esquina
junto a un rosal,

un rosal y una higuera
y un aljibe moruno
con agua fresca.

Tengo un cortijo
y en el barranco hondo
tengo un molino.

Un molino harinero
tan junto al río,
que cuando pasa el agua
salpica al trigo.

Trigo de oro,
blanco molino,
bajo la verde parra
siempre contigo.

Blanco cortijo,
bajo el alero azul,
siempre contigo.

Me gustan las ruinas
con su triste abandono de impotencia y nostalgia:
la columna partida y el muro derruido,
que la intemperie dora y la yedra acaricia
con dedos vegetales,
trepando
con un celo de amante insatisfecho.
Las ruinas aceptan, sonrientes e inmóviles,
una muerte de siglos y son ejemplo vivo
del irse y del quedarse.
Ni los muros de Roma, ni los templos de Grecia,
con sus vivos colores, primitivos y ardientes,
deslumbrarían el alma,
como hoy, con la triste belleza amarillenta
del tiempo soportado.
que les perfila aristas y araña la piel.

Con su rostro marchito,
las piedras se impregnaron de emociones humanas;
de gestos y tristezas
que los siglos dejaron con muda despedida.
Manos que ya no existen,
un día, acariciaron los fustes perfilados
de estas firmes columnas;
la redondez intacta de esa base de mármol;
de aquel trozo de estatua que se alzaba orgullosa...

Me gustan las ruinas
con su triste abandono.

Gracias por tu visita, sí, simplemente gracias,
porque tu olor, penetrado en mis manos ,
y el sabor de tu piel, otra vez en mis labios,
han dado nuevamente su gracia primitiva,
a la palabra «gracias».

Septiembre, veinticuatro, atardecer y sábado;
exactamente así. Yo estaba allí, en lo alto,
donde tú y yo sabemos,
con un libro de láminas políeromas, viajando
por un mundo de ayer.
El dintel, de repente, enmarco tu figura
y la firme aureola de tu rubia cabeza
más bellas que la más bella lámina de un libro,
dejó pálido todo, porque tenía tu voz,
tu aliento, tu sonrisa, tu color, tu calor...
tu vida propia, *tú*.

Lentamente dijiste:

- No, Manuel, no soy yo solamente quien llega;
es ese largo mundo de recuerdos y sueños
de besos y contactos, tantas veces vivido.
Pero..., hoy vengo a ti, porque tienes que ser
mi primera traición
y eso ya me libera del rencor a mi misma.
Tu amor fue diferente; tu pasión y tu ardor
llegaron arropados en paños de ternura,
en palabras amables, apenas susurradas...
Tu amor fue diferente, porque llegó librado
de toda tiranía; un alegre regalo
largamente soñado, mucho más exquisito
que cualquiera emoción hasta ahora sentida.

Nos unió un largo beso. Te miré lentamente,
acaricié tu pelo, y con tu voz laminada por las bocas unidas,
sólo te dije:

- Gracias, sí, simplemente gracias,
gracias por tu visita.

Pilar Quirosa-Cheyrrouze

El mar Mediterráneo, cuna, origen y crisol. Una travesía, la vida. Y la poesía a veces fiel para manifestar sentimientos. La escritura como punto de fuga, de encuentros. Donde renace la mirada mágica. La memoria sugerente, los recuerdos imperecederos. Siempre el mar, y la expresiva metáfora del amor.

«Manuel me llamo,/ mi viejo nombre es Manuel». Un horizonte. Y sus ecos. Constancia, vitalismo, honestidad. Así, Manuel del Águila, el amigo Manolo, conversador inagotable, escritor y musicólogo, el profesor de idiomas que todos hubiesen querido tener, viajero a través del tiempo. Amigo Manuel. Cultivando la tradición popular y lo culto.

El Mar. Y la luz siempre constante ante imposibles Itacas. «No pidas ni reclames un puerto de utopías». Ante los cantos de Circe, ante lo imprevisible, con banderas desplegadas de esperanza. «Ve, bravamente, amigo, sorteando naufragios». Y el viajero que torna y que sabe de la ciencia única del vivir: «Pon al sol tus recuerdos», para retomar el timón de la existencia. Y continuar viviendo. Para contemplar las imágenes, sucesivas, que se cristalizan. El mar, renovado, vital, frente a la idea de vacío. Frente a las evocaciones y nostalgias de jardines perdidos. Usurpados paraísos por el inclemente paso del tiempo.

Una semblanza. Antonio y Manuel Machado. Y este árbol sonoro en los versos de Manuel del Águila, «el hacha rigurosa y afilada del tiempo/ llegó y mostró su filo y un día inexorable,/ lo ha dejado desnudo,/ con unas secas ramas temblorosas de frío/ y el amarillo llanto/ de las últimas hojas que no quieren partir». El olmo seco de Antonio. El recuerdo de Colliure. La cruel guerra. «Colliure de la muerte/ bajo el mármol frío».

El Mar. Y Almería, la ciudad elegida por Celia Viñas para ejercer la enseñanza. Celia y el Mar. la elegancia para expresar los sentimientos. El mar, objeto del canto. Los recuerdos de Manuel. Las reflexiones sobre la esencia humana. La palabra, fluyente, necesaria, surgida con naturalidad. Las referencias musicales y literarias que

compartió con Celia. La palabra, los sonidos, vital herramienta para explicar la situación del espíritu. Las tardes, las charlas con Celia y la amistad. Frente al enriquecedor desasosiego y la certeza del ser. Siempre, el canto y la esperanza.

Manuel del Águila, Premio Nacional de Canciones en 1950 por la Universidad de Barcelona como *Si vas p'a la mar, Peteneras de la orillas* y *Por el cielo va la luna*. Inmortal *Si vas p'a la mar*. Y ese romance de la barca latina: «Y arrastras sobre las aguas/ como una bordada cola/ piedras de sal y luceros/ y ensueños de caracolas». Rimas marineras. El canto del pescador: «que tanto sabes/ del sol, del viento y de la ola/ igual que yo por la tierra/ cuando tú vas navegando/ ¿Tienes el alma tan sola?».

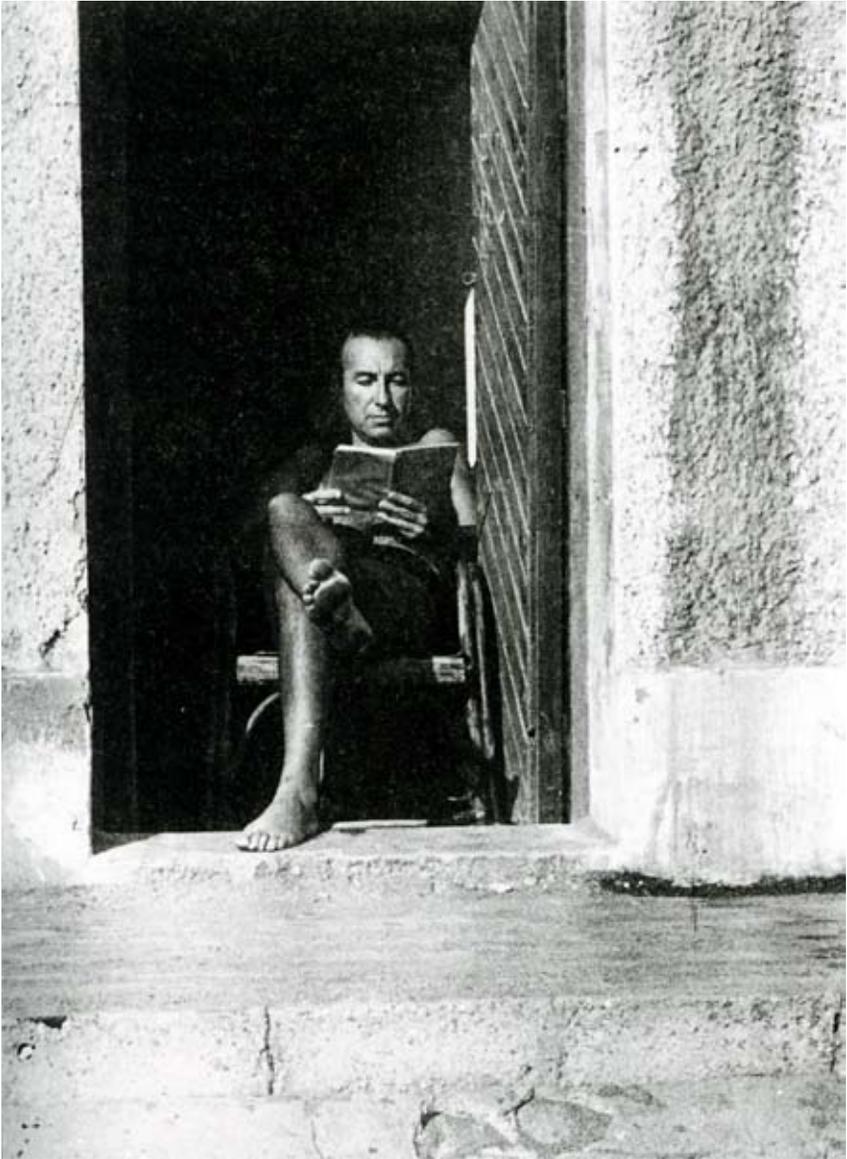
Y esa copla de la molinera. «Por eso, madre,/ el molino me atrae/ me atrae y me lleva;/ me atrae y me lleva/ y cuando no la veo,/ en el agua del cauce/ echo mi pena./ Dime madre, ¿Qué tiene, qué pícaro cosilla, la molinera?». Poesía abierta, como la llamara Juan Ramón Jiménez. Y un canto constante a la naturaleza.

El marino que sueña y mira a las estrellas, esplendor y gozo. Y el amor a esta tierra. El constante reencuentro con los suyos, el campo. La coplilla del cortijo: «Tengo un cortijo blanco/ de sol y cal/ y azul de sombra».

Y el mar, siempre el mar, un milagro que renace para la mirada. Y ante los ojos de Dios.

El paisaje andaluz, un jardín inmenso donde cada piedra, cada arbusto, casa ser, tiene su lugar, «Un jardín en el que crece el lirio». Y la química entre el mar y la lágrima. Porque la vida es precisamente fuente de contradicciones, «mano amable o hachazo», dice el poeta. Una mirada amplia ante las aguas del Guadalquivir, ante el desierto almeriense, ante sus calas y sus ofertas. Andalucía toda, desfilando por un trayecto recreado.

Y el erotismo de sus versos: «por ese doble baluarte de tus piernas,/ que ya siempre será doble belleza,/ caderas, senos, brazos/ labios, sienes». Las fuentes del amor. Donde se adjetivan los encuentros. Donde se sustantivan los recuerdos. Donde el verbo se hace ágil y tenaz. Viajero incansable, «Francia me dio su línea de adjetivos exactos». Para regresar a esta Almería que siempre lleva en el corazón. Mediterránea Almería. «Al timón yo,/ y tú en el mástil/



“El mar, el mar y no pensar en nada”. Este verso de Manuel Machado resume bien el talante de Manolo del Águila, al menos en ciertas épocas de su vida.

vibrante capitana de las olas». Sutil balandro atravesando las aguas del recuerdo.

Porque sabe el poeta también de los grises desengaños que obstaculizan los sueños. «Y hay mañanas y noches y sitios y momento/ de apariencia fugaz que fijan indelebles/ sus garfíos en la vida». Y sabe de adioses, de soledades. Y sabe también que «Dogma y preceptos son promontorios ingentes/ que el río de la vida va deshaciendo luego/ en vulgar arenisca, sin piedad, arrastrada hasta la última playa». «A esa nave indecisa que se llama vida». Desde el mismo lugar por donde la poesía se interna, desde el exilio interior del canto, desde el promontorio y desde la observación de las ruinas, «con su triste abandono de impotencia y nostalgia». Allá, la voz del poeta.

La poesía que busca la verdad. Que clama desde el silencio. En la naturaleza de las cosas y en la propia voz de la naturaleza. «En la erizada y débil resistencia del rosal/ en el blanco temblor del jazminero/ que lloró con estrellas diminutas» ante el paso cruento de la excavadora. La sensibilidad del hombre ante el desconcierto. La vida constante y el milagro.

Y ante la llegada del otoño, el poeta sabe de la levedad del ser. Por ello, convoca al amor en todas las madrugadas. Una primavera eterna de ofrendas. Desde la libertad y el gozo. El constante reencuentro. Desde la serenidad y el sosiego. Desde el regocijo espiritual. Octubre llega, una vez más, y el poeta quiere sentir al mismo tiempo el placer de sentirse vivo y la calma.

Manuel del Águila y el mar. Manuel del Águila y el amor a la vida.